COLECCIÓN
STOKER

EL HUERTO DEL ESPANTAPÁJAROS

Allan J. Arcal

huerto espantajaros.indd 1 20/08/14 11:08

Muchos y multiformes son los oscuros horrores que infestan la Tierra desde sus orígenes. Duermen bajo la roca inamovible; crecen con el árbol desde sus raíces; se agitan bajo la mar y en las regiones subterráneas; habitan los reductos más sagrados. Cuando les llega su hora, brotan del sepulcro de orgulloso bronce o de la humilde fosa de tierra. Algunos hay de antiguo conocidos por el hombre; otros, permanecen ignorados hasta el día terrible de su revelación. Tal vez los más espantosos y atroces no se han manifestado aún. Pero entre aquellos que surgieron hace tiempo, entre los que han evidenciado su insoslayable presencia, hay uno que por su suprema inmundicia no puede nombrarse....

Abdul Alhazred, ***Necronomicón***

CAPÍTULO I

TODO COMIENZA CON EL MARINERO Y EL ESPANTAPÁJAROS

Era una noche tranquila y sin estrellas, en donde la falta de viento nos mantenía inmóviles en algún lugar dejado de la mano de Dios. Fue entonces, durante esas horas en las que la luna había permanecido oculta detrás de una espesa niebla que rodeaba nuestro barco, cuando me decidí a escribir todo lo que sucedió no mucho tiempo atrás en el pueblo de Embla y que, por desgracia, me tocó vivir.

Todo el horror que estos hechos me han producido hasta hoy han convertido mi día a día en tenues cendales tejidos al oscuro borde de algún abismo batido por el viento. No obstante, mi corazón alberga la esperanza de que, aunque algún día mi alma abandone mi cuerpo, estas notas caigan en las manos adecuadas con el fin de que se pueda conocer este terrible secreto que en su día se guareció en las montañas.

Sinceramente… lo que pasó en el pueblo de Embla es tan extraño y retorcido que casi no me arriesgo a creer que haya ocurrido en verdad. ¡Y quiera Dios, nuestro Señor, que solo haya sido un mal sueño!

huerto espantajaros.indd 11 20/08/14 11:08

Muchos de los hechos que paso a relatar a continuación los presencié de primera mano; otros los adornaré, como creo que pudieron suceder, poniéndome en la piel de cada una de las piezas que forman este juego de muerte y traición. Pero finalmente, la historia y a partir de ahora la leyenda del huerto del espantapájaros es, en toda su esencia, así:

Se cuenta que, cada diez años, durante el equinoccio de primavera, los cinco hombres más ancianos y sabios del pueblo de Embla, como guardianes de su gente y con el fin de asegurar el equilibrio de sus fértiles tierras, se reúnen alrededor del Pozo de la Luna para contemplar el rostro que aparece reflejado en el agua. Por desgracia, en aquella ocasión, fue el de esa pobre niña que se había convertido, sin pedirlo, en el juguete de los dioses cuyos invisibles tronos se encontraban en las montañas.

Bueno, antes de meterme de lleno en la historia, les hablaré un poco de mí.

Mi nombre es Mills y soy marinero, aunque esto no siempre fue así —mi profesión, claro; el nombre, que yo sepa, sí—. ¿Cómo llegué a convertirme en lo que soy? A ver… muchos hombres despiertan en mitad del océano sin tener del todo claro qué, cuándo, dónde ni por qué están allí. No recuerdan nada en absoluto de lo que les pasó la noche anterior; desde que se bebieron toda la paga hasta que se alistaron en un barco. Este no fue exactamente mi caso. Ni tampoco

huerto espantajaros.indd 12 20/08/14 11:08

he sido un hombre de alta mar que desde niño sueña con vivir surcando grandes mares, con llegar a puertos lejanos y con enfrentarse a terribles tormentas. Lo que me ocurrió en verdad fue que, caminando —eso sí, algo bebido— por un embarcadero, terminé envuelto no sé cómo en una insensata partida de cartas callejera, con otras personas tan inútiles e insensatas como yo. Afortunadamente para mí, la perdí. Y digo afortunadamente porque, por aquel entonces, la vida que llevaba a cuestas era una vida sin oficio ni beneficio; y esta mala apuesta me dio la oportunidad de hacerme marinero para así poder pagar mis deudas, dejando atrás la mala vida a la que estaba acostumbrado y a las gentes que giraban la cabeza a mi paso y pensaban: «Pobre diablo, ni siquiera le escupiría aunque estuviese ardiendo». Y si no pensaban esto, algo parecido, seguro.

Sí, se podría decir que era de esa clase de personas sin ninguna característica que las haga propicias a correr aventuras, pero que sin embargo sufren por lo menos una vez en sus apacibles vidas una experiencia tan extraña y siniestra que obliga al mundo entero a contener la respiración. Así sucedió. Mi espíritu fue vagabundeando de acá para allá, hasta que los caprichosos vientos del destino me llevaron en medio de la tormenta. ¡Y vaya tormenta!

En un principio tuve que trabajar como cocinero y, sobre todo, fregando platos a bordo de *La dama verde*, un enorme barco que zarpó esa misma noche hasta Embla.

huerto espantajaros.indd 13 20/08/14 11:08

Durante siete jornadas de incesantes tormentas y olas como ogros furiosos, anduvimos por los abruptos caminos del mar. Al despuntar, por fin, el sol en la última aurora, se despejó el aire y se calmó el agua, meciéndonos suavemente hasta que nuestro vigía oteó el puerto de destino. Ese fue mi primer viaje y la primera vez que pisé tierra firme en aquel pueblo costero que, al igual que el pequeño río que prácticamente lo atraviesa, trepaba disperso por las montañas.

Allí, a su gran mercado —que se sitúa en su brazo de mar— acudían, y todavía acuden, embarcaciones de todos los rincones del mundo: barcos suecos, españoles, rusos... un inmenso bosque de mástiles cargados con innumerables objetos de lo más variado: colmillos de elefante, barbas de ballena, sacos de trigo, langostas, cebada, telas y especias multicolores, pieles de animales, conchas marinas de playas lejanas, esculturas en piedras desconocidas, collares y brazaletes y... en suma, un sinfín de *todo*.

Me gustaría señalar que, aunque he vuelto a ese lugar en repetidas ocasiones hecho ya un marinero de los pies a la cabeza, en el último viaje que lo visité pude sentir en mi cara una brisa portadora de Dios sabe qué misterios e inquietudes. Todo se veía diferente. Y por encima del paisaje se cernía una bóveda de nubes bajas y plomizas, suspendidas como una maldición visible, un presagio, un indicio de fatalidad. Era como si el viento suspirase en los grandes robles, mientras que la hierba parecía tumbarse para

huerto espantajaros.indd 14 20/08/14 11:08

susurrar a la tierra secretos espantosos. Todo era silencio; algo sucedía y nada rompía la calma de ese funesto lugar.

Pese a todo esto, caminaba entusiasmado por el bosque pensando en las palabras que el capitán Burton me había dicho unos meses atrás en su barco mientras se inclinaba sobre extraños vinos:

—Sí, marinero, sí. En el pequeño pueblo de Embla. ¡Allí, Mills! Cerca, muy cerca… en sus montañas. Allí se encuentra el Iggdrasil, el puente entre los nueve mundos. Y amigo… créeme y no pongas esa cara, porque yo… yo tampoco me tomé en serio su existencia hasta que un buen día llegué a verlo con mis propios ojos y tocarlo con mis propias manos.

Desde que el viejo y ya desaparecido Burton me dijo esto, no he podido arrancarme de la cabeza la idea de ir a buscar aquello de lo que tanta gente y tantos libros hablan: el gran Iggdrasil. ¿Leyenda o realidad? Pronto iba a salir de dudas. Aunque eso sí, la única pega que tenía en aquel momento era que el bueno de Burton no supo decirme con exactitud dónde se encontraba ese gran fresno cantando su vieja eterna canción. Además, al amanecer del día siguiente volveríamos a partir rumbo a otro puerto perdido y, por lo tanto, en aquella ocasión tan solo tenía unas cuantas horas para alcanzar el que desde hacía tiempo venía siendo uno de mis grandes anhelos.

De este modo, entre la luz espectral que se filtraba a través de la niebla y sin perder un segundo en más elucubraciones, continuaba montaña arriba sin ningún

huerto espantajaros.indd 15 20/08/14 11:08

rumbo fijo, aunque eso sí, con el total convencimiento de que, cuando llegase al lugar que andaba buscando, lo sabría.

Espantapájaros

Clavado en el huerto de una casa de barro y piedra, veo pasar la vida y las estaciones.

Está amaneciendo y continúo solo.

Desde mi altura, alcanzo a ver el cementerio de la región, levantado hace muchos siglos por colonos noruegos que, surcando las aguas desde tierras remotas, trajeron en inmensos barcos su cultura, tradiciones y leyendas, que aún perduran en nuestros días.

El corazón recuerda.

Cuando me plantaron en mitad del campo junto al gran fresno que hoy en día da sombra a la casa de Melquiades, el mundo era joven y las risas eran mi pan y único sustento. Y aunque sea hurgar en viejas heridas después de todo lo que viene sucediendo a lo largo de los años, todavía puedo sentir el penetrante olor de los cuencos de leche y el jarabe de arce; y a los niños tratando de tragar a toda prisa los bollos, recién hechos, antes de que en cualquier momento sonara la campana de la torre del pueblo para anunciar la hora de entrada a la escuela. También me vienen a la memoria los suspiros de los vientos, recorriendo los grandes pinares sobre las montañas hasta llegar a los tejados iluminados por la luna.

huerto espantajaros.indd 16 20/08/14 11:08

Embla... en esos días su montaña estaba viva, la cosecha era rica, la pesca, abundante y, por lo tanto, el pueblo era próspero. Era tierra de trigales, de centeno y cebada en donde incluso los árboles rendían sus ramas de tanto fruto como había en ellas. Pero, por desgracia, nada dura eternamente… todo cambia; y con el paso de los años y las estaciones, he podido contemplar cientos de horrores que me han hecho temblar y volver hacia atrás la mirada en la oscuridad de la noche. He visto la muerte de frente: me han dado la vida y me la han quitado sin más. Pero sigo vivo. Llorando de pena... y reviviendo las escenas de tiempos ya olvidados, nombres perdidos y rostros muertos y enterrados.

He de decir que, aunque las gentes de Embla siempre han parecido de lo más apacible y normal, corren desde hace tiempo todo tipo de rumores por la comarca y entre los viajeros sobre cientos de hechos extraordinarios que se han dado en este pequeño rincón de la naturaleza. Se contaba de algún vecino que tenía visiones, de otros que escuchaban voces y músicas indescifrables. Pero sobre todo, el rumor que más circulaba entre los marineros que llegaban de otros mundos a su puerto es que allí, en las montañas, vivía el mismísimo diablo. En cualquier caso, siempre se han tomado como viejas leyendas porque, en apariencia, estas gentes llevan una vida de lo más ordinaria pese a no comulgar con los mandatos de ese al que los cristianos llaman Jesús. Por todo lo demás, y aunque son más bien hoscos y desabridos, pescan en

huerto espantajaros.indd 17 20/08/14 11:08

el mar y los arroyos de aguas saltarinas y burbujeantes, trabajan como leñadores en los bosques y cultivan sus propias tierras.

Aquella mañana antes del comienzo de la primavera, escuché al río hablar para advertirme de lo que pronto iba a suceder. También a los robles, que se retorcían de horror, y a los cuervos que me susurraban al oído. De nada sirvió, yo tan solo era un triste espantapájaros que se encontraba clavado a la tierra sin poder prestar su ayuda.

Pronto escuché los cencerros. Melquiades se marchaba a las colinas, como cada mañana, para que pastasen las ovejas. Carolina era quien se quedaba en la casa de barro y piedra haciendo las labores y cuidando de los niños para que todo estuviese resplandeciente y perfecto cuando, al atardecer, llegase su marido. Carolina poseía un carácter agradable y una visión del mundo tan simple como los pastelillos que cocinaba en su horno. Sus ropas eran como ella misma: prácticas aunque sin color, en tonos generalmente grisáceos. Además, sus ojos últimamente estaban marcados por unas profundas ojeras, que no eran otra cosa que la huella palpable de sus recientes preocupaciones.

Los niños de la casa se llamaban Julián, o Juto, como le decía todo el mundo, y Alicia, mi maravillosa Alicia.

Juto… era un buen chaval, de pelo oscuro y rizado. A sus nueve años, era más bien delgaducho, hablaba poco y, sin embargo, se fijaba mucho en todo con su mirada pícara. Especialmente en su hermana, a la que admiraba y adoraba como a nada en el mundo.

huerto espantajaros.indd 18 20/08/14 11:08

Ella, Alicia… bueno, Alicia cuando sonreía era como si abrazase el mundo. Con catorce años era la hermana mayor y, además, actuaba como tal. Del pueblo, sin duda, era la niña más alegre, guapa y desenvuelta. Su pequeña nariz se curvaba hacia la luna; su cabello dorado se ondulaba de tal manera que a duras penas podía alisárselo, y sus largas pestañas le daban un aire de acechar a la gente como desde una emboscada. La verdad es que su cara siempre se veía bellísima; tanto, que parecía que la *Belleza* hubiera hecho de las montañas un sendero de hierba para que ella posara sin sufrimiento sus pies errantes, inquietos y aventureros en él.

Pero lamentablemente para la niña, mucha gente del pueblo la hacía sufrir porque la tenían por una especie de bicho raro. Y la verdad es que motivos no les faltaban, ya que, a lo largo de su corta vida, Alicia había tenido muchas revelaciones extrañamente ciertas. Sin ir más lejos, el verano pasado, una noche soñó el lugar exacto donde se encontraba perdido en el bosque el hijo pequeño de un vecino de las tierras bajas. Poco a poco, los susurros de las malas lenguas se convirtieron en un clamor popular en todo el pueblo de Embla. Fue entonces cuando la gente comenzó a mirarla con desconfianza, pensando que era una bruja o algo similar. Pero nada de bruja y nada de hechizos; la niña, simplemente, lo que tenía era un don que la hacía... especial.

Alicia era extremadamente madura para su edad. Por eso, y por muchas pequeñas cosas más, tiene ga-

huerto espantajaros.indd 19 20/08/14 11:08

nado por completo mi corazón. Ella siempre ha venido cuidando de mí: ha remendado los trapos que forman mi cuerpo, me ha rellenado de paja e incluso ha apartado a los insectos que intentaban trepar por la tabla de madera que sujeta mi peso. A la pequeña gran dama de la casa le encantaba pasear por el bosque junto a su hermano, soñando despierta e intentando imaginar cómo sería su futuro por estos bosques al cabo de unos cuantos años. Lo tenía muy claro: tendría marido, cuatro hijos —dos niños y dos niñas— y cientos de animales por toda su enorme y maravillosa granja.

Antes de que la tierra besara el sol, Melquiades ya había encerrado en el corral a las ovejas. Las tierras de este granjero estaban situadas en un rincón muy hermoso, verde y fértil de las montañas. Además, su enorme granero estaba atiborrado de los tesoros que la tierra entregaba generosamente a su dueño para pasar sin ningún tipo de dificultad el duro invierno, con sus días oscuros y melancólicos. Pero pese a irle tan bien las cosas en la vida, a Melquiades ese día se lo podía ver, como en las últimas semanas, bastante serio, pensativo, mientras fumaba de su pipa junto a la chimenea.

Ya por la noche, el cielo estaba más oscuro que de costumbre y una violenta ventolera sirvió como bienvenida a una densa lluvia que caía a ráfagas desde los sombríos cerros que rodeaban el valle. Carolina había preparado para cenar cordero con garbanzos, el plato preferido de los niños. De este modo, toda la casa se

huerto espantajaros.indd 20 20/08/14 11:08

había inundado de un aroma delicioso. Ella se movía inquieta y, antes de la cena, salió al porche para ver el cielo. O al menos eso quería aparentar, porque realmente lo que quería era llorar; llorar su desdicha sin que los niños se percatasen. Yo sí que la veía desde mi altura, junto a un cuervo que clavaba fuertemente sus sucias uñas en mi hombro. Sin previo aviso, aparecieron los primeros truenos —que estoy convencido de que eran como el murmullo apagado del corazón de Carolina—. Esta intentó recomponerse: cogió el dobladillo del delantal con sus estropeadas y enrojecidas manos, enjugó silenciosamente sus lágrimas y, unos segundos después, me dejó a solas con mi emplumado y negro amigo, que enseguida decidió ir a refugiarse al bosque. Luego, una vez estuvieron todos sentados a la mesa al amor de la lumbre, cenaron en silencio.

Al terminar el cordero, Carolina se quedó aclarando los cuencos en un balde y Melquiades, como acostumbraba, se dispuso a leer a los niños en su habitación unas páginas del enorme y sagrado libro de Embla. Libro que tanto Alicia como Juto venían escuchando desde hacía meses y que, aquella noche, llegaba a su fin.

—Después, cuando hubo concluido —susurró Melquiades con voz grave de cuento—, marcharon, pesarosos, los súbditos, dejando solo a su rey…

—Pero, padre, a ver, ¿el rey había muerto de verdad? —interrumpió Juto incorporándose de la cama.

—¡Sshhhh, enano! —le mandó callar Alicia—. Quiero escuchar de una vez el final de la historia.

huerto espantajaros.indd 21 20/08/14 11:08

Y Melquiades prosiguió:

—A ver, silencio, chicos. ¿Por dónde iba?... Sí, bien. Bueno, Juto, Alicia… dicen los navegantes que surcaban aquellas peligrosas aguas que, cuando la aurora boreal ilumina el cielo con su fuego y ellos se detienen, brindando, a la vista del peñón de las Ballenas, en ocasiones se puede ver a un alto guerrero tuerto, apoyado en una larga lanza al lado de la tumba. —Los dos niños quedaron boquiabiertos. Y su padre concluyó —: Pero también muchos otros aseguran que luego el guerrero tuerto monta en un extraño caballo de ocho patas y, levantando el arma, saluda a los intrépidos marineros, que juran haber contemplado a Odín, dios, poeta y guerrero, montando en Sleipner junto a la sepultura de Beowulf, acompañado de dos cuervos. Fin.

—Vaaaaaaaya —dijeron, maravillados, los niños a la vez.

—Vamos, chicos, es hora de dormir. —Melquiades besó a sus hijos en la frente y se despidió en voz más baja —: Y soñad; soñad si podéis, en esta noche, vuestro sueño más dulce.

Dicho esto, Melquiades se retiró cabizbajo, dejándolos para que durmieran a pierna suelta.

Y el sueño no tardó mucho tiempo en llegar.

Mientras tanto, fuera de la casa, la luna entre las nubes arrojaba sombras sobre las laderas, a la vez que los dioses de la tierra hacían sonar la campana de la torre del pueblo y los relámpagos, que parecían los fragmentos del cristal roto del cielo, caían con violen-

huerto espantajaros.indd 22 20/08/14 11:08

cia por todas partes. Fue entonces cuando la montaña se rasgó por un grito furioso al que contestaron otra multitud de horribles gruñidos y el doblar de unos cuantos tambores.

Parecía como si se hubiese hecho alguna especie de llamamiento.

El cielo dejó de llorar. Y en ese preciso instante, pude ver con total claridad cómo un río de antorchas, que iban rompiendo la oscuridad conforme se iban encendiendo, se acercaban hacia mí sobre la ladera mientras rezaban a los vientos:

«La noche ha llegado, presagiando su fin y no el nuestro. La luna es interrumpida por la silueta de la muerte. Y nos dará la vida y borrará su nombre por siempre».

huerto espantajaros.indd 23 20/08/14 11:08

CAPÍTULO II

DE VERDADES Y SUEÑOS

Alicia

Aunque el viento rugía con violencia alrededor de la casa, desde mi cama no veía moverse a través de la ventana ni una sola rama del gran fresno. Pero la casa sí temblaba y parecía que iba a ser arrancada de la ladera y lanzada valle abajo.

A veces las grietas en el techo se transformaban en la cabeza de un gran lobo. Puede ser que esto se deba a que, hace menos de un mes, a nuestros perros los mataron unos lobos mientras cuidaban del rebaño en el establo. Eran tan valientes… de no haber alertado a padre con sus ladridos antes de morir, hoy por hoy, no tendríamos ni una sola oveja.

De repente, las llamas de las velas disminuyeron y adquirieron un resplandor rojizo, fantasmal, tiñendo la habitación de un extraño parpadeo carmesí que otorgaba a las sombras de los muebles una apariencia infernal; como si un chorro de sangre luminosa hubiera salpicado la estancia. Me quedé quieta, asustada. Inmediatamente, me di cuenta de que ya no estaba

huerto espantajaros.indd 25 20/08/14 11:08

tumbada en mi cama. Como una burbuja, estaba suspendida sobre las manos del aire, que había venido en persona a recogerme y llevarme en la noche por encima del mundo de la vida humana. El vendaval había cesado y, ya a gran altura, un ligero viento me envolvía a la vez que jugueteaba con los fantasmas del río. Más allá, la luna brillaba vivamente como una salpicadura de pintura flotando en el vacío, silenciosa, sobre las tinieblas. Y mucho más abajo, ajenos totalmente a mí, desdibujados e inmóviles, estaban los valles y el río.

Alguien hablaba:

—Finales y comienzos, muertes y promesas en los techos... la pena es del muchacho.

—Adiós, pajarito, adiós —grité. Seguramente me había quedado dormida.

El aire se volvió de color plata.

Ya es de día. Y estoy tumbada en el prado mirando al cielo, me dije, sorprendida.

Entonces miré a mi alrededor y... y padre estaba cortando un tronco en pequeños tarugos para el fuego y llevarlos a casa. Me había visto, seguro. Porque, con una sonrisa de oreja a oreja, levantó uno de sus brazos y gritó un saludo. Más allá, madre tendía la ropa a la vez que Juto, dentro de nuestro pequeño huerto de hortalizas, tiraba piedras al espantapájaros. Y más allá, más allá de ellos, de mi casa, de nuestro enorme trigal e incluso del bosque, una extraña mujer susurraba mi nombre. La mujer repetía «Alicia, ven a mí» una y otra vez. Qué cara más vieja

huerto espantajaros.indd 26 20/08/14 11:08

tenía; su rostro parecía como si estuviera hecho de la corteza de un árbol y su pelo, de un montón de telarañas grises y polvorientas.

Me puse a andar hacia su voz.

Sí, esto debía de ser un sueño, estaba claro; porque primero me encontré por el camino una especie de castillo que llegaba hasta el cielo y yo sabía que eso era imposible; luego me crucé con un lobo del tamaño de un saltamontes y lo salté, y justo después, al parpadear, aparecí en un oscuro pozo sin agua y sin fin. En ese momento alguien chasqueó los dedos para que, como por arte de magia, una familia de luciérnagas encendiera sus luces y dejaran su rostro al descubierto. Era ella, sí, la bruja con cara de corteza que me llamaba.

—Ho... hola —me atreví a decir.

Ella, tras sonreír, murmuró:

—Hola, Alicia. Hacía tiempo que te esperaba.

—Pero tú… tú… ¿tú quién eres? —por fin pregunté.

En ese momento, una pequeña luciérnaga se posó en mi nariz. La bruja, frente a mí, se dio cuenta y se echó a reír. Yo no sabía qué decir. Solo bizqueé para mirar esa lucecita que enseguida continuó con su vuelo. La bruja, tras calmar su risa, me volvió a decir:

—Pequeña, no me mires con esa carita de susto, ¿de acuerdo? Aquí estás segura.

No sé muy bien a qué se refería. Porque, la verdad, no tenía ningún miedo, ya que su cara, aunque no la hubiera visto en mi vida, me resultaba muy familiar.

—Lo sé —dije—. Porque esto es un sueño, ¿verdad?

huerto espantajaros.indd 27 20/08/14 11:08

—Niñita, todo es un sueño: tu mundo, mi mundo... los mundos. Créeme, ya lo descubrirás —ahora la bruja ya no susurraba.

—¿Pero el qué? —pregunté inquieta.

—¡Por todos los ratones saltarines, Alicia! —graznó, arrugando la nariz—. ¿Pues qué va a ser? A la niña, la playa, el fuego, el monstruo, el lobo... *todo.*

¿Todo?, pensé, sorprendida. No entendía nada de nada.

—Vamos a ver... —intenté poner mis ideas en orden. Pero no pude terminar la frase porque la bruja me interrumpió:

—¡Ah!, casi se me olvida. Sufrirás mucho, Alicia.

—¿Cómo? —Seguía sin entender nada.

—Lo siento, pero es así, Alicia; sufrirás mucho. Justo eso es lo que has venido a escuchar a este pozo. Porque, Alicia, una cosa está clara: nunca lograrás nada si quieres ahorrarte sufrimiento. —Las luciérnagas dejaron de brillar y nos quedamos a oscuras—. Así son las cosas, pequeña. Eres la siguiente a ellos y a mí.

Playa, fuego, monstruo... ¿y qué más había dicho? Qué sueño tan extraño. Porque, claro, esto es solo un sueño, ¿no?, me pregunté.

—Por cierto, Alicia, mi nombre es...

No era capaz de controlar del todo mis emociones y por eso, al siguiente parpadeo, estaba otra vez en el cielo y era de noche. Ahora sí que estaba un poco asustada porque, aunque lo intentaba, no podía despertar. Quería gritar, pedir auxilio, pero no me salía sonido alguno. Sin embargo, un extraño eco me respondió sin yo articular palabra:

huerto espantajaros.indd 28 20/08/14 11:08

«Llegan las plumas sombrías
de las hojas que cantan,
sobre las aguas de la muerte que oscuras pasan».

Era la voz de la bruja de cara de corteza, pensé. Pero... ¿qué me estaba intentando decir?

Al momento, un poco más tranquila, escuché la bocina de un barco que amarraba en el puerto y luego vi cómo los humos de las chimeneas, que arañaban el cielo, me atravesaban antes de hacer volutas en el aire y volver a caer a la tierra. Tierra en donde sombras con fuego en las manos se acercaban a mí llevando a cuestas un coro de chillidos que parecían elevarse de las entrañas de la tierra. ¿O de al lado de mi cama?

Esta vez, haciendo un esfuerzo, me recordé a mí misma:

Estoy dormida y tengo una pesadilla. Y cuando me despierte veré en la ventana la luna y la rama del árbol que siempre baila con el viento.

Efectivamente, cuando abrí los ojos la luna se veía como una moneda de plata pegada al cristal de la ventana y estaba acompañada de un puñado de brillantes estrellas y de la rama bailarina. En la cama de al lado, Juto respiraba débilmente y le brotaban los sueños dentro de los ojos entornados. Parecía tranquilo, en paz. No como yo; un montón de pensamientos se acumulaban dentro de mí:

¿Es hora de escapar de una vez? Tal vez sería lo más fácil, sí, pero no sé si sería lo correcto. ¿Qué es más peligroso?, continuaba dándole vueltas a la cabeza. *¿Debo buscar*

huerto espantajaros.indd 29 20/08/14 11:08

otro lugar, lejos de aquí, en donde pueda mantener a salvo a Juto? ¿Serán ciertos mis malos presentimientos?, traté de atar cabos.

Ya no llovía cuando escuché crujir con fuerza la puerta principal del piso de abajo, que sonaba como el quejido de un muerto. En ese momento le vino una idea a mi cerebro y, al tiempo que esta tomaba forma allí dentro, mi cuerpo decidió por mí: ya estaba fuera de la cama y me conducía a gatas sin hacer ruido hasta la ventana para aplastar mi nariz contra el helado cristal y comprobar qué sucedía.

¿Qué harán afuera tan tarde con el frío que hace?, me dije.

Eran mis padres saliendo de la casa por la puerta principal. Se encontraban de espaldas a mí, pero eran ellos, seguro. Afiné el oído y, como si estuviera sintiendo mi mirada en su cuello, padre se giró y alzó la cabeza para tal vez descubrirme tras la ventana del piso de arriba. Fue tan solo un momento lo que tardé en volver a ocultarme, pero en esa fracción de segundo pude distinguir en los ojos de padre una mirada que me sobresaltó. Fue algo visto y no visto. Pudo ser el juego de sombras que producía la lámpara de aceite que portaba. No sé… pero el caso es que pude sentir cómo un extraño fuego crecía detrás de sus ojos, haciendo cambiar su amable máscara de carne en una oscura expresión de maldad.

A los pocos segundos, hice de tripas corazón, conté hasta tres y volví a mirar tras el cristal. Parecido al sueño que acababa de tener, podía escuchar el sonido de

huerto espantajaros.indd 30 20/08/14 11:08

tambores y también ver cómo un río de antorchas se aproximaba a casa sobre la colina.

¿Es posible que ellos…? Tiene que haber otra salida, y seguro que la había; pero el caso es que yo no la veía por ninguna parte.

¿Ladridos de perros también?, eso no contribuía precisamente a aclarar mis dudas. Tuve que morderme los labios y parpadear rápidamente para contener las lágrimas.

Pensé durante un segundo más y me decidí.

Tenemos que escapar de aquí, ¡YA!

Inmediatamente después, corrí hacia la cama de Juto.

Menudo chasco se va a llevar el pobre, pensé. Y a continuación, dije:

—¡Juto, Juto, despierta!

—¡Mmm! ¿Qué pasa? —ronroneó como un gato mientras se arrebujaba en la cama—: Pero, Alicia... es muy tarde. ¿Se puede saber qué tripa se te ha roto?

—Enano, algo sucede.

—No, Alicia, por favor, déjame en paz y no empieces otra vez con tus historias —sacudiéndose las nieblas del sueño, logró decir entre dientes.

—No, te aseguro que esta vez no se trata de ninguna historia. —Y pregunté a la vez que me volvía a acercar a la ventana para inspeccionar con atención, con mucha atención—: ¿No has notado bastante raros a padre y madre?

—¡Ayy, hermanita, estoy harto de que siempre estés igual y me…!

—¡Silencio! —troné. Y continué escuchando.

huerto espantajaros.indd 31 20/08/14 11:08

—Lo que trato de decirte, mujer —decía padre—, es que la mayor parte de los hombres se aferran a la vida con todas sus fuerzas y es muy poco lo que están dispuestos a sacrificar por sus creencias. Hay un día del juicio para todos nosotros y ese día…

Fue interrumpido por madre:

—¡YA-LO-SÉ! ¿Pero seguro que no hay nada que podamos hacer? Porque tal vez… solo tal vez si… —No le entendía muy bien.

—Tal vez, nada —interrumpió padre—. Pero… ¿no te das cuenta? No me puedo creer que estés hablando en serio. Si no hacemos lo que Él nos manda, vendrá. Y entonces dará igual lo que hagamos porque… ya nadie podrá detenerlo.

Madre bajó la mirada. Pero enseguida volvió a levantarla con fuerza y dijo:

—Nadie es imparable, Melquiades.

—¿Nadie? Él no es nadie, Carolina. Él... Él es un dios. —Hubo un breve silencio y, a continuación, padre, cogiéndola de las mejillas con las manos, sentenció—: Cariño, a ver, escúchame. Olvídalo ya. Son cosas que pasan y que, aunque les demos todas las vueltas del mundo, tienen que pasar.

—¿Pasar? ¿Tienen que pasar? —replicó madre con tono de reproche apartando bruscamente las manos de su cara—. Tú y solo tú, ¡nosotros! estamos dejando que pasen.

Ahora madre hablaba más flojo, pero aun así, pude escuchar tres palabras sueltas que resonaron en mi

huerto espantajaros.indd 32 20/08/14 11:08

cabeza como si las clavaran con un martillo: *huir - Alicia - muerte*.

Aunque había pensado en esa posibilidad una y mil veces, en ese preciso instante fue cuando me di cuenta de que la firme tierra que sostenía los cimientos de mi mundo se había convertido en lodo. Y también sentí la sensación de haber pasado toda mi vida en un laberinto de espejos en el que nada era lo que parecía.

Jamás, ni en mis peores pesadillas, habría imaginado que finalmente..., me dije. Pero frené en seco ese pensamiento. No era el momento de compadecerse de lo desafortunados que éramos. No, de eso nada; lo que había llegado, para bien o para mal, era el momento de actuar.

Y es lo que hice.

—Enano, sal de la cama —volví a la carga.

—¿Qué dices, Alicia? —gruñó. Lo miré directamente a los ojos y empecé a explicarle—: Escucha, Juto, tú y yo nos vamos a escapar de casa esta noche.

—¿Pero por qué? —quiso saber, ceñudo.

—¿No te das cuenta? —Y como siempre que me ponía nerviosa, enredé mi pelo en el dedo índice—. Si nos quedamos aquí, nos va a pasar algo muy malo.

—¿Algo malo? ¿Y padre y madre no nos protegerán? —casi gritó.

—No, ese es el problema. Por eso debemos irnos.

—¿Irnos?, ¿a dónde podemos ir sin padre y madre, Alicia?

Tragando saliva, dije:

huerto espantajaros.indd 33 20/08/14 11:08

—No lo sé todavía; ya se me ocurrirá algo. Pero a algún lugar lejos de aquí, porque esta noche he tenido un sueño y… bueno, no hay tiempo que perder, los tambores suenan cada vez más cerca y tenemos que marcharnos por la puerta de atrás antes de que alguien se lo huela y…

—¿Los tambores? —Se puso en pie de un salto.

—Sí, sí, sí, los tambores... y deja de preguntar por todo, por favor. —Era normal que Juto quisiera saber sobre *toda* esa repentina locura que estaba sucediendo a su alrededor, pero el caso es que sus preguntas me estaban empezando a poner bastante nerviosa. Debía tranquilizarme. Tomé aire, mientras buscaba las palabras adecuadas en un tono más suave. Cogí su mano, la apreté con fuerza y, sonriéndole, finalmente le dije —: A ver, Juto, mírame a los ojos... Te doy mi palabra de que vamos a estar bien. Confía en mí.

Todavía durante unos minutos razoné con él, haciéndole ver la necesidad de ser precavidos y rogándole que tuviese valor. Finalmente, lo conseguí.

Sí, era una noche de sueños y fantasmas azules y rojos. Pero, aunque en ese momento estuviera despierta, era muy consciente de que el sueño, la niebla y los fantasmas de mis miedos continuaban allí fuera.

Yo ya estaba prácticamente preparada. Entonces me abotoné mi raído abrigo marrón, cogí unas cerillas, la lámpara de aceite de mi habitación y lo metí todo en mi bolso de lana. Luego, pasados unos minutos, nuestros tristes zapatos descendían de puntillas por las escaleras de madera para, ya en el piso de abajo, atravesar

huerto espantajaros.indd 34 20/08/14 11:08

con muchísimo cuidado la sala principal de la cabaña, iluminada tan solo por el fuego de la chimenea. Por una de las ventanas se podían distinguir, petrificadas en la ladera, las figuras de nuestros padres, abrazados y esperando la inminente llegada de los portadores de antorchas, los perros de caza y los tambores.

Debíamos apresurarnos.

Enseguida, agarré con todas mis fuerzas la mano de Juto, que seguía mis pasos como un cordero perdido. Y allí estaba, entre las sombras de la cocina, la puerta de detrás de la casa. En esa puerta era donde madre marcaba cuánto habíamos crecido durante el año. Por un momento hubo algo que me hizo dudar antes de abrirla. Pero, aunque en ese preciso instante me hice cargo de que podíamos estar a punto de comenzar un viaje sin retorno, siempre había confiado en mi instinto y, en esa ocasión, la vocecilla de mi cabeza me decía que todo lo que había a nuestro alrededor apestaba.

—Tenemos que salir de aquí —susurré, contuve el aliento y, sin vacilar, aprovechamos la oportunidad.

Cuando salimos, un viento cortante y empapado del frío del río esperaba para azotarnos con todas sus fuerzas mientras atravesábamos el huerto y dejábamos atrás el gran fresno.

Adiós, muñequito, pensé al ver al espantapájaros.

Cruzamos por delante del granero sin ser vistos para, esquivando nuestro trigal, ir poco a poco alejándonos cada vez más de las antorchas. Era el momento de correr, correr a toda prisa, guiados por la luz de la luna. Pasados unos minutos, por fin nos adentramos

huerto espantajaros.indd 35 20/08/14 11:08

por los linderos del espeso bosque, relajamos la marcha y nos pusimos a caminar con buen ritmo bajo el manto de las curiosas estrellas y los nebulosos y perversos sueños no soñados.

Una semana antes, el aire cubría las montañas como un reluciente mar amarillo. Yo estaba sentada en el huerto, plantando unas amapolas bajo los pies del espantapájaros, para adornarlo un poco, y cantando una vieja canción de las montañas:

♫ Ten cuidado en tu camino,
anda con mucha cautela;
ten cuidado con el monstruo,
que ha salido de la tierra.
Debes hablar en susurros y nunca marchar a solas;
y, por si en el bosque la bestia acecha,
no quites ojo a las sombras.
Porque seguro que quiere atraparte
y estará espiando tu estela;
nunca marches a solas y anda con mucha cautela. ♪

De repente me puse muy triste al pensar en los acontecimientos que últimamente estaban pasando a mi alrededor.

—Muñequito, ¿sabes qué? —le dije al espantapájaros—. Aquí están ocurriendo cosas muy extrañas, que me están poniendo muy nerviosa. Anoche, pensando que estábamos dormidos, a Juto y a mí nos visitaron padre y madre. Ella lloró sobre mí, abrazándome como

huerto espantajaros.indd 36 20/08/14 11:08

si tuviera miedo de que fuera a desaparecer de un momento a otro, y padre hizo lo mismo con Juto. —Negué con la cabeza, mirando las amapolas y el suelo lleno de bichos—. No sé, estoy bastante preocupada por cómo están actuando en los últimos días. Madre siempre está en casa con cara triste y se esfuerza en aparentar alegría cuando la miro. No hace más que cuchichear con padre a todas horas, llorar a escondidas y mirarnos a Juto y a mí de una forma muy extraña. ¡No sé qué hacer! Y es que sigo pensando en las demás personas, en toda la gente del pueblo que se marchó, sin dar ninguna explicación, para no volver jamás. Siempre he tenido miedo de que llegase este momento y ahora…

En ese instante, un fuerte viento sopló sobre la ladera, haciendo temblar uno de los brazos del espantapájaros, que se quedó apuntando, como aconsejándome, directamente hacia el bosque. Una semana más tarde, desterrados al mundo de los dioses del claro de luna, nos encontrábamos en ese mismo bosque huyendo de algo y de nada. Porque aunque yo no sabía muy bien de quién nos estábamos poniendo a salvo, de lo que estaba totalmente convencida es de que todo aquel revuelo que se estaba formando tenía que ver con nosotros. Además, el sueño que tuve esa misma noche y las desapariciones que a lo largo de los últimos años se venían produciendo en el pueblo me hacían ponerme en lo peor.

Teníamos que correr.
Teníamos que correr.
Teníamos que correr. Y otra vez nos pusimos a ello.

huerto espantajaros.indd 37 20/08/14 11:08

Entonces, desde la distancia y por unos segundos, pude ver a los portadores de antorchas y escuchar la conversación que tenían con mis padres fuera de la casa. Y es que desde que yo recuerdo, siempre he tenido este tipo de visiones o sueños. *Es mi magia*. Y madre dice que es un don que los dioses me entregan cada día mientras las estrellas velan mi sueño.

Sentí:

«¡Melquiades!, ¿tus hijos?», dijo alguien; no podía distinguir bien su rostro.

«En su cuarto», contestó, entre dientes, la boca de padre. «Están en su cuarto».

Seguíamos corriendo desesperadamente como liebres, cuando, otra vez...

«¡Aquí no hay nadie!», chilló una voz de mujer. «¡Vamos, todo el mundo hacia el bosque! ¡Han escapado! ¡No, no, no... otra vez no! ¡Daos prisa!, ¡a por los críos!», gritaron muchas bocas diferentes.

Un torrente de sentimientos me inundaba por dentro. Me sentía como en el sueño de otra persona; pero al ver la cara de terror que tenía Juto, traté de volver a tomar el timón de la situación y aparentar un aplomo que para nada sentía. Mientras, volvía a escuchar:

«No podemos internarnos en el bosque, de noche, solo con las antorchas, a pecho descubierto; de lo contrario...».

«¡Soltad los tambores y al granero...!». Aunque todas esas voces me eran muy familiares.... se mezclaban tanto las unas con las otras, que me resultaba prácticamente imposible distinguir de quién provenía cada

huerto espantajaros.indd 38 20/08/14 11:08

una. «Toma, tú, coge el hacha; y tú, la azada; yo cogeré la guadaña. ¡Y vosotros!, ¡¿a qué esperáis?! ¡Coged algo para defenderos y con lo que podáis cargar! ¡Vamos!».

Agité la cabeza, me tapé los oídos instintivamente y traté de centrarme en nuestra huida y no pensar más en lo que estaba ocurriendo en casa. Lo conseguí.

—¡Corre, Juto, corre! ¡Corre, por lo que más quieras!

Al cabo de un rato, el aliento se me estrangulaba en la garganta, por lo que nos detuvimos mientras una lechuza ululaba y una espesa bruma avanzaba hacia nosotros desde el río. Miré atrás, y entre ramas y hojas de los árboles ya veía mi casa como una pequeña luz nebulosa. Al contrario, por desgracia, que el fuego de las antorchas, que por momentos me parecía tenerlas completamente encima. Era terrorífico, era... como si las llamas del infierno de Hela vinieran a por nosotros.

Tenemos que escondernos ¡YA!, pensé, agobiada.

—¡¿Qué?! —Acababa de sentir algo en la espalda; pero al volver la cabeza, afortunadamente, pude comprobar que se trataba de Juto.

Este parecía haber encontrado algo.

—¡Alicia, aquí!

—¡Pero...! Maldita sea, Juto; me has dado un susto de muerte —susurré con fuerza.

—Mira, Alicia, en el hueco de ese árbol. Allí no podrán vernos.

Sin duda, el susto, en principio, había merecido la pena. Porque fue dicho y hecho: nos metimos de un salto en un árbol que, talado y hueco como estaba, parecía un gran barreño de madera; aferré el bolso de

huerto espantajaros.indd 39 20/08/14 11:08

lana contra mí, nos doblamos como un arco, camuflamos nuestras cabezas con unas ramas y cruzamos los dedos para que, con suerte, las antorchas pasaran de largo.

—Maldición —dije solamente. *Ellos* ya estaban aquí.

De repente, el silencio que siguió nos permitió escuchar el sigiloso rumor de numerosas pisadas y fragmentos claros de frases:

—Entonces, ¿los rumores eran ciertos? —preguntó una mujer.

—Sí, me temo que sí —contestó un hombre.

—Os lo dije —intervino ahora otro—, os dije que era verdad.

—Pero, ¿no crees que ese pastor está sacando las cosas de quicio? —volvió a decir ella.

—No, para nada, confío plenamente en el viejo —dijo... no estaba del todo segura de quién era, pero apostaría a que se trataba de la voz de Stuart, uno de los hermanos Flecher. Continuó—: Dice que lleva días pasando. Me contó que todos sus rebaños andaban inquietos, desperdigados.

Un cuarto alguien intervino:

—¡Bah!, la gente habla mucho y, casi siempre, no sabe lo que dice. Porque vamos a ver: ¿él estaba seguro de que las señales eran las mismas que la otra vez?

—Sí, estaba más que convencido. Y me aseguró que como no celebrásemos la ceremonia antes que de costumbre, las cosas se iban a poner muy feas —respondió… ¿Stuart?

Rogué para mis adentros:

huerto espantajaros.indd 40 20/08/14 11:08

Que no nos vean, que no nos vean…

Entretanto, alargué la mano con cuidado y sequé el sudor de la frente de Juto, mientras él agarraba mi brazo con tanta fuerza que parecía que no fuera a soltarlo nunca.

¡Los perros!, me dije, sobrecogida, como si de golpe me hubieran enterrado dentro de una enooorme y fría roca. *¡Estamos perdidos!*

Cerré fuertemente los ojos y moví la cabeza, tal vez negando lo que estaba sucediendo, tal vez para despertar de aquel terrible mal sueño. Lo deseé y lo deseé con todas mis fuerzas. Pero cuando los volví a abrir, todo seguía igual. No sé, a veces desearía ser mejor al desear.

Al momento, por un pequeño agujero que atravesaba la corteza del árbol, empecé a ver cómo un remolino de hojas y tierra mezclada, enseguida, daba paso a las oscuras siluetas de esas voces. Parecía que sus rostros avanzaran más deprisa que sus cuerpos; era como si aquellas caras de humo fueran proyectadas hacia delante por las temblorosas llamas de las antorchas, o como si caminaran encorvados como fantasmas de árboles muertos. Era de lo más siniestro. De este modo, cuando ya los teníamos a escasos metros, por fin pude distinguir con total claridad quiénes eran las personas que venían en nuestra busca. Y no eran otros que nuestros vecinos: el señor Ben, el médico del pueblo; el juez Stan; los hermanos Stuart y Michael Flecher, e incluso la maestra Mery, entre otros. A mis padres no los vi, pero todos los demás que avanzaban entre las

huerto espantajaros.indd 41 20/08/14 11:08

luces y sombras tenían una expresión en el rostro completamente ida y desencajada.

—¡Vamos, chicos, salid! ¡Sabemos que estáis ahí!

Y aunque dijo esto una voz tratando de mostrar amabilidad, conforme iban de *armados* para buscarnos, era fácil pensar que sus intenciones no eran las de que los ayudáramos a cortar la leña.

—¡Así que será mejor que salgáis antes de que nos enfadéis y vayamos a buscaros nosotros! —parecía la voz del señor Ben. Su tono ya no era tan amistoso; y Juto supo inmediatamente por mis fríos y tensos dedos que atenazaban su brazo que quería que se estuviera quieto y no moviera ni un solo pelo.

De pronto sonó un golpe seco y a continuación el llanto de un perro.

—¡Espera, animal! ¡No le pegues más! —increpó alguien—. ¿Acaso quieres tener un perro con la cabeza hueca?

—¿Cómo? —preguntó otra de las sombras.

—Por Odín, te aseguro que esa es la mejor manera de conseguir que tu animal se convierta en una fiel copia de su dueño.

Quietos, en completo silencio, debíamos de ser como dos tumbas; casi sin respirar, ni hacer el más mínimo...

—Alicia, ¿por qué no…? —empezó a preguntar Juto en un susurro, pero rápidamente tapé su boca con la mano.

—¡Eh! —dijo la misma voz de antes.

—¿Los ves, Stuart?

Stuart Flecher negó con la cabeza. Y entonces…

huerto espantajaros.indd 42 20/08/14 11:08

—¡Espera! ¡Un momento! Veo algo... ¡Mira, justo delante!

—¡Ya lo veo! ¡Sí, allí! ¡Vamos, corred! —dijeron muchas voces a la vez.

Mientras tanto, por el hueco de la corteza, los ojos de uno de los perros se clavaron en los míos como el filo de mil cuchillos, y aunque traté de apartar la mirada, no pude, tenía demasiado miedo. Entonces volví a escuchar un grito que fue contestado por muchas voces más. En un principio pensé que ya nos habían encontrado, pero enseguida pude comprobar que algo o alguien había desviado la atención de los portadores de antorchas que, increíblemente, avanzaron delante de nuestras mismas narices sin hacer caso a los ladridos de sus perros, que ladraban hacia nuestro escondite como si fueran malas bestias.

Por fortuna para nosotros, algo se había movido en la sombría y secreta noche. Intenté comprender qué era lo que habían visto tan claramente nuestros cazadores como para seguir su rastro. Pero era imposible, los ojos tenían que estar jugándome una mala pasada. Era una niña, una niña de mi edad, más o menos, que desprendía una cálida luz, o un aura, o… tal vez fuese el reflejo de la luna entre las ramas de los árboles. El caso es que si no se trataba de otro de mis sueños, esa niña nos acababa de salvar la vida. Al recomponerme, volví a mirar, pero ella ya no estaba. Ya no había nadie. Aunque, eso sí, el eco de las palabras que había pronunciado con labios del color de las cenizas frías aún resonaba en mi cabeza.

huerto espantajaros.indd 43 20/08/14 11:08

«Sálvate, Völupsa, sálvate, por aquí, por aquí».

Podía sentir todas y cada una de sus palabras en mi interior como si una boca invisible me las soplara en el alma. Estaba confusa, muy asustada y con ganas de gritar y llorar. Pero el peligro por el momento había pasado y yo, como hermana mayor, debía tratar de mantener la calma.

—Alicia, yo... —a Juto, con una mirada vidriosa, le falló la voz. Pero entendí lo que quería decir sin necesidad de más palabras.

—Tranquilo, botarate, verás como todo va a salir bien —le dije en voz baja mientras lo abrazaba y le atusaba los bucles del pelo.

Sin querer, se puso silenciosamente a llorar tapándose la cara con sus pequeños dedos para, enseguida, retirarlos y dejar caer despacio dos lágrimas.

—¿Me lo prometes, Alicia? —dijo formando un pucherito.

Me quedé un instante en silencio mientras cruzábamos una larga mirada.

—Te lo prometo, enano —me esforcé por resultar convincente—. No voy a dejar que nunca te pase nada malo. ¿Lo sabes, no?

—Sí, supongo que sí —y tras secar sus pequeñas lágrimas con el dorso de la mano, sus palabras terminaron en un suspiro.

—Además —añadí con voz de estar contándole un cuento—, esto es igual que cuando te he dicho que no tengas miedo de las sombras de la habitación, o del viento y la tormenta, o del espantapájaros, o del mun-

huerto espantajaros.indd 44 20/08/14 11:08

do de fantasmas que se dibuja al mirar a través de los cristales llenos de gotas de lluvia.

Creo que mis palabras no habían terminado de convencerlo y, la verdad, en ese momento lo entendía perfectamente. Al fin y al cabo, estas sombras eran de carne y hueso; y lo peor de todo es que dos de esas sombras eran las de nuestros propios padres. Sin más, cambié de tema. Porque estaba segura de que en *alguna parte* debía existir la luz de la esperanza. Una *alguna parte* que tal vez había visto en sueños o en los cuentos que padre cada noche nos había contado. Por eso, en esa terrorífica noche que había quedado tachonada de oscuros presagios, le hablé a Juto de la luna que colgaba en el cielo como un melón maduro y de las estrellas que jugaban encima del río y de los montes recién vestidos de primavera. También le conté que el próximo otoño estaríamos en otro lugar, alejados de las montañas y rodeados de gente buena. Que allí treparíamos por los acantilados, como aquí, para recoger los huevos de las aves marinas y venderlos en el mercado de nuestro nuevo y hermoso pueblo. Entonces, cuando empezaran a caer las primeras hojas, derretiríamos la grasa de alguna oca para, cuando llegase el invierno, frotarla contra la piel de un gran cerdo relleno de las manzanas de aquel otoño, asarlo en un horno y así, finalmente, darnos un gran festín.

—Sueña, Juto; sueña con todo esto —susurré—. Porque... para eso sirven los sueños, ¿no? Para saber hasta dónde somos capaces de llegar. Y si por algún motivo tu sueño se rompe en pedazos y se convierte

huerto espantajaros.indd 45 20/08/14 11:08

en una pesadilla, vuelve a pegar los trocitos —y al escuchar mis palabras, ese renacuajo, entre sueños, por fin me regaló una pequeña sonrisa.

Al cabo de un rato, Juto se quedó profundamente dormido entre mis brazos y el canto de los grillos.

—Vamos a estar bien, hermanito; verás como sí. —Era consciente de que no me escuchaba, pero el oírmelo decir a mí misma en voz alta me tranquilizaba un poco.

Dentro del gran hueco del árbol que nos abrigaba de las sombras milenarias, me sentí como una concha blanca y diminuta frente al inmenso océano del bosque. Entre las ramas que nos camuflaban, dejé mi mirada prendida en el gran disco de la luna y en las agujas de los oscuros y altísimos pinos que la dibujaban. La respiración de Juto parecía pausada y tranquila, sin embargo, la mía no; y por eso quise quedarme haciendo guardia toda la noche, mientras los buenos y no tan lejanos recuerdos hacían oscuros abismos en mi pecho.

He vuelto a casa. Me cosquillea en la nariz el intenso aroma de los tarros de compota y el dulce de caramelo. Escucho en los corrales a las ovejas, a las gallinas y a los perros. Es invierno y en el campo hace muchísimo frío. Aunque dentro de casa se está muy bien, la chimenea está encendida. Ahora, a la vez que la noche se precipita en el pueblo, madre, vestida totalmente de negro, prepara un pastel de fruta y ha matado dos aves de corral bien cebadas para la cena. Padre, que va

huerto espantajaros.indd 46 20/08/14 11:08

de negro también, se ha servido una taza de café caliente para tomársela mientras fuma de su pipa junto a la ventana.

Afuera, en las montañas, fluye como si fuera la sangre de la tierra la oscura corriente del río, misteriosa como el tiempo y que, como este, corre hacia el mar sin detenerse, diga lo que diga el calendario. Madre trastea con los pucheros, refunfuñando y mirando por las ventanas con cara de pocos amigos. En torno a todo esto, se escucha el crepitar de las llamas que saltan de la chimenea y la enorme tetera que silba para anunciar que la infusión ya está presta o, como así es, la inminente llegada de alguien o algo: de una y de la nada, han entrado en casa cinco hombres con túnicas oscuras hasta el suelo. Nadie parece verlos ni escucharlos, aunque yo sí lo hago. Sentados alrededor de la mesa, todos ocultan su rostro. Bueno, todos menos uno que se parece a Carloky, el hombre más viejo del pueblo. Sí, es Carloky, seguro. Un hombre… un hombre más oscuro que la misma oscuridad y que los lobos de las historias de padre. Tiene trenzado su largo cabello blanco y su cara estrecha y de tortuga dividida por una larga y enorme nariz. Además, sus pequeños ojos negros están tan juntos que parece que van a tocarse de un momento a otro. ¿Y su boca? Su boca es como una herida sin sangre. Salvo él, todos esperan que suceda algo, inmóviles y en silencio. Y así resulta: Carloky, portando unas flores que tienen aspecto de esqueleto en una mano y en la otra un viejo libro, se levanta con dificultad haciendo sonar todos

huerto espantajaros.indd 47 20/08/14 11:08

sus huesos y, mirándome bajo sus espesas cejas, recita prácticamente de memoria:

—¡Los perseguirán por los oscuros ríos del miedo! —Su voz áspera retumbaba como un trueno—. ¡Son mudos, no tienen voz y están solos! Por eso huyeron sin atreverse a mirar si la sombra de Él había desaparecido. Entre prados de ensueño y sin un soplo de viento, bajo la asustada luna, dormirán eternamente como miradas invisibles en los espejos. Y ya nadie los recordará. Y nadie los volverá a nombrar, puesto que aquí, en las montañas, nadie habla de los muertos.

Y como vinieron, de la nada, los cinco hombres de negro se han ido.

Pero, un momento, ¿dónde estoy ahora?, ¿y Juto? Es verdad, no lo he visto correteando de un lado a otro en toda la noche. Todo está oscuro y apenas si me puedo mover. Escucho la voz de madre, está cantando:

—*Duerme, dulce corazón de nata. Hoy te llevo dentro, noto tus patadas. Quiero verte pronto, para acariciarte. Pero ten cuidado… puede que te mate.*

¿Qué?..., ¿cómo? Así no terminaba la canción. ¿Qué está sucediendo, madre? Noto que estás de pie, andando despacio mientras sigues tarareando esa horrible nana. Puedo verte desde fuera, pero… ¿cómo?, estoy dentro de tu vientre. ¿Dónde vas?, ¿estamos en la cocina? ¡Deja de decir eso, no quiero que cantes más! Pero… ¿qué haces? ¡No cojas ese cuchillo! ¡No, no lo claves en tu tripita! ¡No me mates! ¡No te mates! ¡Esto es una locura! ¡Madre, no quiero morir! ¡No lo hagas! ¡No, no, no, nooo…!

huerto espantajaros.indd 48 20/08/14 11:08

Grité y lloré en la oscura madriguera del sueño, pareciéndome más despertar a la muerte que a la vida. Tras recomponerme y secarme un terrible sudor frío que pegaba el pelo a mis mejillas, sentía que la sangre me volvía a correr por las venas. Recuperando el sentido de lo que me rodeaba realmente, no pude evitar pasarme la mano por el rostro en busca de alguna herida: solo encontré telarañas. En un principio me sentía realmente ansiosa —en realidad más de lo que me atrevía a pensar— por encontrar algo tangible que pudiera justificar la horrible sensación de que se acercaba un inminente desastre. Pero la vida no podía detenerse. Y entonces, intenté que continuara, siendo lo más positiva que me fuera posible.

A los pocos minutos, más tranquila y aún con la arenilla del sueño en los ojos, desperté a Juto; y quitando nuestro improvisado techo de ramas después de una larguiiiísima noche, por fin, salimos del hueco del árbol. Bostecé. A veces lo hacía a propósito para que Juto lo hiciese también. Sin embargo, este era un bostezo verdadero.

Juto se cubrió la boca y negó con la cabeza.

—No lo haré —dijo, riéndose entre dientes. Pero aunque trataba de resistirse, picó el anzuelo y los dos reímos a carcajada limpia.

Y es que, desde siempre, Juto y yo hemos compartido la complicidad de la risa; solo con notar que él tiene ganas de reírse, yo ya siento por mi tripa el cosquilleo.

—Hay que ponerse en marcha, león enano —le dije, esta vez en medio de un bostezo falso—. Porque si no, seguro que…

huerto espantajaros.indd 49 20/08/14 11:08

—Alicia… está bien —asintió él; me dio un par de palmaditas en el hombro y empezó a andar.

Más tarde, caminábamos y caminábamos, avanzando entre la maleza de un lado a otro como hojas que arrastra el viento cuando el sol, de pronto, con la súbita sorpresa que solo las montañas conocen, apareció sobre las cumbres, bañando de una luz blanca el paisaje. En condiciones normales me habría alegrado al ver el amanecer en el bosque —sin duda, mi momento favorito del día; justamente cuando el mundo está lleno de nuevas promesas—, pero hoy no; hoy era imposible que pudiera alegrarme de ver el amanecer. Aun así, no pude evitar girar mis ojos hacia el gran astro y acordarme de que madre siempre decía que mirar directamente el sol hacía un agujero en los ojos. El sol estaba allá arriba, caliente y vivo. Y yo, en mi lucha contra el pasado y lo que venía siendo mi vida, quise mirarlo de frente aunque solo fuera por un instante.

Mientras andábamos, seguía pensando en vano en alguna solución a este disparatado entuerto en el que nos encontrábamos. Además, casi sin querer, silbaba la siniestra nana que madre me cantaba en sueños, reviviendo justo el momento en el que veía desde su vientre cómo un cuchillo atravesaba su ombligo lentamente para después acorralarme y finalmente clavarse entre mis pequeños ojos. Así, angustiada y con la respiración entrecortada, mi enfurecido corazón se puso a recordar las noches de invierno en las que toda la familia nos sentábamos junto al fuego de la chimenea a contar cuentos e historias maravillosas que íbamos

huerto espantajaros.indd 50 20/08/14 11:08

imaginando sobre la marcha; y en los días de verano en los que, todos también, recogíamos bayas en el bosque, íbamos a pescar al río ranas bajo los sauces, veíamos pasar los barcos y jugábamos con las libélulas. En aquellos días el sol brillaba siempre junto a ellos. Ellos, mis padres, fueron los que nos bañaban y daban de comer. Fue mi madre la que remendaba cada noche mis vestidos que se habían roto mientras jugaba. Porque fueron ellos los que hicieron tantas cosas por nosotros, en ese momento, en el que me sobrevenían imágenes de una vida que a ratos se me antojaba muy próxima y a ratos extremadamente remota, me quería morir.

Ira, rabia, ira, ira, ira, rabia, mi corazón, que me dolía como si unas botas estuvieran bailando sobre él, luchaba con todas sus fuerzas por no hacerse añicos.

Ya sería alrededor de mediodía cuando nuestros pies vagabundos, con cautela y girándose de vez en cuando para escuchar si alguien nos seguía, continuaban viaje sobre la fresca hierba. El aire era azul y verde, y los rayos de sol jugueteaban con nuestros cabellos en medio de una brisa con olor a río en donde se podía escuchar el débil y afligido canto de un cuco. Inexplicablemente, en aquel momento ya no teníamos tanto miedo, tan solo lo que queríamos era salir cuanto antes del bosque.

—¿Por qué nos persiguen, Alicia? —murmuró Juto.

Me quedé sin habla. Estaba bastante desconcertada y no se me ocurría nada que decirle. Sí, la realidad me había golpeado con fuerza y me había dejado prácticamente por los suelos.

huerto espantajaros.indd 51 20/08/14 11:08

—Venga, Juto, no hablemos de eso ahora y anda un poquito más rápido. —Tragué saliva.

—Pero, pero… —Juto parecía seguir dándole vueltas a la cabeza—. Bueno, está bien. Aunque no puedo andar más deprisa porque tengo mucha hambre y me duele el estómago y… no entiendo por qué nos tiene que estar pasando todo esto y...

Dejó sin terminar la frase y aguardó, mirándome, mi respuesta.

—Yo tampoco lo entiendo, Juto. Pero como suele decir el viejo Timothy: "La desgracia es como la lluvia. Siempre te cae encima sin avisar". A ver... —reflexioné. Necesitábamos un plan, pero no se me ocurría nada brillante—. Yo también tengo mucha hambre... —Mi corazón dio un brinco porque, de repente, había tenido una idea. Una idea muy buena y supe exactamente a dónde teníamos que ir—. ¡Ya está! ¡Lo tengo, enano! ¡Vayamos a la casa de Timothy! Él pasó por algo parecido a lo que nos está sucediendo. Siempre nos han dicho en el pueblo que no hablemos con él, que está loco. Pero los locos son ellos… y digo más: llevan la bandera "de remate". ¡Vayamos a la cabaña de Timothy, él nos dará refugio y aconsejará!

—¿Sí? —dijo a la vez que se rascaba por detrás de la oreja.

—¡Claro que sí! Venga, vamos, probemos suerte.

—¿Suerte? Ya, Alicia, todo eso está muy bien. Pero… ¿no estás notando estos días que está pasando algo muy extraño con "nuestra suerte"?

—Vamos, enano, ¿qué pasa? ¿Tenemos algo que perder?

huerto espantajaros.indd 52 20/08/14 11:08

—Bueno, supongo que no. Aunque... —Juto miró al suelo y dio un puntapié a un pedazo de tierra seca—. ¿Y luego qué haremos, Alicia?

Me encogí de hombros.

—¿Luego? No sé, Juto... luego ya se verá.

Juto hinchó los carrillos y, tras soltar el aire, murmuró a regañadientes:

—Está bien. —El estómago de Juto gruñó tan fuerte de hambre mientras hablaba que hasta yo lo escuché. Tras apretarse la barriga, dijo con una media sonrisa—: Me imagino que por lo menos allí podremos comer un poco, ¿no?

—Comer un poco... ¿estás loco? ¡De eso ni hablar!

Juto abrió la boca, levantando una ceja, pero se quedó con cara de mendrugo y no acertó a decir nada más.

—Que siiiiiiiií, alcornoque. ¡Vamos, andando! —Y dibujé una sonrisa lobuna a la vez que Juto asentía, satisfecho, con los ojos muy abiertos.

De este modo, un poco más esperanzados, nos pusimos en camino para pedir auxilio a ese viejo de cara alegre, buen humor y orondo y grato como la luna nueva.

huerto espantajaros.indd 53 20/08/14 11:08